

nes grises muy cortos que quitaron el cubo fétido de la sala.

Las mujeres habían salido al corredor para lavarse. Pero allí la pelirroja y otra mujer salida de otra cuadra se enzarzaron y de nuevo resonaron blasfemias, golpes y quejas.

—¿Quieres callar? —gritó un llavero dando una puñada tan fuerte sobre la espalda gorda y desnuda de la roja, que resonó por el corredor.—¡Ya verás si te oigo otra vez!

—Estás de broma, viejo demonio,—contestó la mujerona.

—¡Pronto, pronto! A arreglarse para la misa.

La Máslova tuvo apenas tiempo de peinarse. Apareció el director acompañado de un carcelero,

—¡Contestar á la lista! —gritó un empleado.

De las otras cuadras habían salido las demás presas. Formaron en dos filas á lo largo del corredor. No faltaba ninguna. Una de las llaveras las acompañó á la capilla.

La Máslova y Fedossia estaban en el centro de la columna formada por más de cien mujeres. Todas llevaban pañolito blanco en la cabeza y tenían de igual color la blusa y las sayas: sólo de cuando en cuando se veía un vestido de color distinto; eran las mujeres que habían ido á ver á sus maridos. Al dar la vuelta á un corredor la Máslova se encontró con la cara repugnante de su enemiga la Botchkova y la señaló á Fedossia.

Bajada que fué la escalera, entraron las mujeres en la iglesia, persignándose. Se sentaron en los bancos de la izquierda, apretándose unas contra otras. Luego entraron los presos destinados á ir á Siberia, que se colocaron á la derecha.

La capilla, recién construida y muy adornada, gracias á la munificencia de un comerciante que se gastó muchos miles de rublos, resplandecía como una ascua de oro.

Durante unos momentos no se oyó sino ruidos de toses, de gente que se sonaba, gritos de niños y de cuando en

cuando ruido de cadenas. De repente los carceleros se acercaron unos á otros formando dos filas por entre las que pasó el director que se colocó delante de todos.

Empezaba la función sacra.

## XXXIX

El sacerdote se puso una especie de sobrevesta muy incómoda de una tela de brocado muy gruesa. Cortó después en muchos pedacitos un pan que colocaba sobre un plato; después, en tanto que rezaba en voz baja, echaba pedacitos en un cáliz. Entre tanto el diácono leía y rezaba sin perder momento, en un slavo casi incomprensible. Se advertía en seguida que la mayoría de las plegarias eran invocaciones al cielo en favor del Czar y de la familia imperial.

Después el diácono leyó algunos versículos del *Libro de los Apóstoles*, con voz tan extraña y ronca, que no se entendía una palabra. El sacerdote leyó luego el Evangelio del día con voz clara y distinta. Era el trozo del Evangelio de San Marcos en el que se explica como Cristo, después de resucitado, antes de ir á sentarse á la diestra de Dios Padre, se presentó á María Magdalena, luego á los once apóstoles.



toles, ordenándoles que predicasen el Evangelio á las gentes; añadiendo que aquel que no creyera se hundiría en la ruina eterna y que, en cambio, el que hubiese creído en El, se salvaría y tendría poder sobre los espíritus malignos y podría curar á los hombres de las enfermedades, coger las serpientes, entender las lenguas nuevas, y no morir aun que tomara veneno.

Pero lo que constituía la substancia verdadera de la función sacra, era la suposición de que los trocitos de pan cortados por el sacerdote y echados en el vino pudiesen, por virtud de algunas oraciones, transformarse en el cuerpo y la sangre de Cristo. El sacerdote, con movimientos uniformes y regulares, según le permitía el saco de brocado en que estaba metido, levantaba las manos en alto; luego se arrodillaba, después besaba el altar; pero el acto esencial era hacer pasar muchas veces una servilleta sobre el cáliz y el plato. Aquel era el momento en que el pan y el vino se transformaban en el cuerpo y la sangre de Cristo.

—¡A la santa, pura y bendita madre de Dios!—exclamó luego el sacerdote; y en seguida el coro, con un cántico solemne, contestó que era bello y justo tributar gloria á la que, permaneciendo virgen, había dado vida á Jesucristo, y que por eso cantaban sus alabanzas querubines y serafines.

Después de eso, la transformación podía creerse cumplida. El sacerdote sumergió de nuevo el pan en el vino y se lo puso en la boca, persuadido de que había comido un trozo de la carne de Dios, y bebido un sorbo de su sangre.

Después sosteniendo el cáliz con las manos, se volvió hacia los presentes y les invitó á comer el cuerpo y á beber la sangre de Dios.

Algunos niños se adelantaron. El sacerdote les preguntaba el nombre, les daba una cucharada del sacro manjar, y el diácono les enjugaba la boca en tanto que repetía el versículo: «Los niños comen la carne de Dios y beben su sangre.»

Después de lo cual el sacerdote encerró el cáliz y una vez ingeridas las últimas partículas del cuerpo y de la sangre Divinas, se relamió con cuidado el bigote, se limpió los labios y con buen humor y desenvoltura bajó del altar pisando fuerte.

Pero aquella vez, á la función que terminaba se añadió otra, para consuelo de los presos. De pie, ante la aurea imagen de aquel Dios cuya carne y sangre acaba de ingerir, entre el resplandor de muchas hachas encendidas, empezó una oración larguísima.

—Jesús mío dulcísimo; Jesús, gloria de los apóstoles, señor omnipotente; Jesús, salvación mía, mi redención, mi amor; Jesús mío bueno, sálvame por tu intercesión...

De cuando en cuando se detenía para tomar aliento, se persignaba, se inclinaba y todos los asistentes le imitaban; se inclinaban el director, los carceleros, los presos, que entrechocaban á veces sus cadenas. Luego añadía, invocando siempre á Cristo:—Jesús mío bueno, Jesús mío fortísimo, Jesús mío glorioso...—y aquel nombre de Jesús, tantas veces repetido, le salía con un silbido de entre los labios. Al final del versículo arremangaba las vestiduras forradas de seda y se arrodillaba y tocaba con la frente al suelo, mientras el coro, arrodillado, repetía las últimas palabras:—¡Jesús, hijo de Dios, sálvame! Luego todos se levantaban, y los hombres, con un movimiento brusco echaban hacia atrás los cabellos que les caían sobre la frente, con un ruido sombrío de cadenas, que atormentaban los jarretes de los pies descarnados.

Así continuó mucho rato. Había terminado el rezo que concluía con la palabra «sálvame,» y ahora empezaba otro que decía «aleluya,» y así como antes debían los asistentes inclinarse una vez, ahora les tocaba inclinarse dos; por lo cual todo el mundo se alegró cuando el sacerdote cerró el libro con un suspiro de satisfacción.

Faltaba una última. El sacerdote había tomado del altar una cruz dorada y esmaltada y llegó con ella al centro



de la iglesia. Primero la besó el director, después los carceleros, por último los demás, abalanzándose unos sobre otros, insultándose y blasfemando en voz baja. Y como el director cuchicheaba con el sacerdote, éste inclinaba de cualquier modo la cruz que á veces daba en las narices de los presos, que se esforzaban sin embargo en llegar hasta ella.

De aquel modo concluyó la función cristiana que se cumplía para edificación moral de los hermanos extraviados.

## XL

A nadie, empezando por el sacerdote y el director y acabando por la Máslova, se le ocurría que Jesús, cuyo nombre se escapaba sibilante de los labios del sacerdote, que lo alababa y lo invocaba por modo tan extraño, había vedado no sólo todas aquellas habladurías sin sentido, todas aquellas fórmulas y ritos sobre el pan y sobre el vino que cumplía el sacerdote, sino que había prohibido del modo más absoluto que unos llamaran maestros á los otros, había prohibido las oraciones en los templos ordenando que se rogara en la soledad; había prohibido los mismos templos diciendo que venía para destruirlos, porque hay que rogar no en los templos sino en lo más íntimo del alma; y

más que todo había prohibido no sólo juzgar, encerrar y atormentar, como allí se hacía á sus semejantes, sino toda violencia, todo abuso sobre las personas, proclamando que había venido para dar libertad á los esclavos y á los oprimidos.

A nadie se le ocurría que cuanto se realizaba en aquel lugar era una befa de la religión de Cristo; que aquella cruz de oro y esmalte que el sacerdote había tomado del altar y alargaba á los infelices, no era otra cosa que la imagen del patíbulo al cual subiera el Cristo por haber prohibido todo cuanto allí se hacía en su nombre. A nadie le pasaba por las mientes que los sacerdotes comieran y bebieran *realmente* la carne y la sangre de Dios.

Si el sacerdote podía hacer todo aquello con tranquilidad de conciencia, era porque desde la infancia le habían enseñado que aquella era la fe única y verdadera, porque había sido la fe de sus padres y antepasados. No creía que el pan se transformara en carne ni que fuera ventajoso á la salud del alma pronunciar determinadas palabras, ni que se hubiese tragado un trozo de Dios—en esto nadie puede creer—pero tenía por seguro que era preciso creer en ello. La razón más convincente era que desde los dieciocho años sacaba de aquel oficio y de aquellas ceremonias el dinero necesario para mantenerse y mantener á su familia. En igual razón se fundaba la creencia del diácono, que había olvidado hasta los fundamentos de su religión. Sabía que para cada función existe una tarifa fija, que los verdaderos cristianos pagan con alegría, y así gritaba, cantaba, rogaba, leía, convencido de que aquello era necesario para él como lo es al comerciante vender carbón, harina, patatas.

El director y los carceleros no sabían ni de lejos cuál era la esencia de la fe de Cristo ni cuál era el significado de aquellas funciones que se cumplían en la Iglesia. No trataban siquiera de inquirirlo. Sabían que se cree, que es necesario creer porque así lo hacen todas las autoridades



reconocidas empezando por el Czar. Tenían la percepción vaga de que la fe encerraba la crueldad de sus funciones y esto les tranquilizaba. Quizás privados de aquella fe, hubiese habido muchos que no se hubiesen atrevido á atormentar á su prójimo. El director, por ejemplo, que era un hombre de carácter bondadoso, no hubiese podido perseverar en su ocupación si no hubiese tenido un auxiliar y un sostén en aquella fe. Por eso, durante la ceremonia se había mostrado respetuoso, compungido, lleno de devoción.

Etre los presos, la mayoría comprendía que aquella fe era una hábil mentira inventada en daño de los hombres. Pero estimaba al propio tiempo que en aquel *icono* dorado, en aquella cruz, en aquel momento, en aquel «¡Jesús, ayúdame!» «Jesús, sálvame,» se encerraba un poder misterioso, desconocido, potente, capaz de dar grandes comodidades en esta vida y gran bienestar en la otra.

Cierto era que muchos de ellos habían tratado de alcanzar aquellas comodidades por medio de tales ritos y tales rezos y que no habían conseguido su objeto; pero cada uno creía ser una excepción, un caso de mala suerte, que no podía bastar para destruir aquella fe, origen de una institución admitida por los sabios y por el metropolitano. (1)

Tal era la creencia de la Máslova. En tanto que duraba la función, sentía, como las demás, una mezcla de veneración y de aburrimiento. Al principio no se había fijado en nada; pero luego advirtió detrás del director un aldeano de barba clara y rubia—era el marido de Fedosia, el cual no apartaba los ojos de su mujer—y empezó á mirarlo y habló en voz baja con su compañera y de un modo distraído se inclinaba y se persignaba, tal como hacían las otras.

(1) Dignidad superior de la gerarquía eclesiástica rusa.

## XLI

Aquella misma mañana Neklindoff se levantó temprano y salió de casa.

La ciudad parecía dormir aún. Unicamente un campesino iba de puerta en puerta con su carrito voceando con voz ronca: ¡Leche! ¡Leche! ¡Leche!

Apenas habían empezado las primeras lluvias de primavera.

En las plazas apuntaban las primeras hierbas de los jardines, los plátanos sacudían sus hojas verdes y olorosas y las ventanas de las casas se abrían de par en par al soplo de la brisa templada. En las calles, las puertas de las casas se abrían perezosamente.

En la plaza del mercado que debía atravesar Neklindoff un tropel de gente se agolpaba frente á la fila de tiendas. Junto á las tabernas había obreros bien ataviados y libres del acostumbrado trabajo; mujeres con pañuelos de colores vivos en la cabeza y mantillas recamadas de azabache. Los *gorodovi* estaban de pie, inmóviles, á lo largo de los paseos, junto á los cuadros de verdura, por sobre los cuales, corría alegremente una multitud de niños. Por las calles frescas y húmedas aún en la parte de la sombra, reso-



naba incesantemente el rodar de los carros pesados, el correr de los coches y campanillas de los tranvías, al que se mezclaba el sonido y el eco de las campanas convocando á los fieles á asistir al oficio divino, igual en un todo al que se celebraba en la capilla de la cárcel. Algunos de los que pasaban, endomingados, tomaban el camino de su parroquia.

El cochero condujo á Neklindoff hasta la calle donde estaba situada la cárcel.

Cuando Neklindoff llegó, estaba aun cerrada la prisión. Había cercana á ésta, varias casas bajas de madera, y más lejos, se erguía imponente el edificio de piedra, al cual, estaba prohibido acercarse. Algunos hombres y mujeres estaban á cien pasos de distancia llevando lios en la mano, en tanto que el centinela, con el fusil al hombro, paseaba arriba y abajo, rechazando bruscamente al que trataba de acercarse.

Cerca de las casas de madera, un llavero con uniforme galoneado y con una libreta en la mano apuntaba los nombres de todas las personas que deseaban ver á los presos.

Neklindoff se acercó á su vez, dió el nombre de Máslova, que apuntó el carcelero, al cual preguntó por qué no dejaban entrar todavía.

—Están celebrando la misa; al acabar, ya se abrirá la puerta.

El príncipe se mezcló por entre la turba que estaba esperando.

En aquel instante, un hombre, con el traje derrotado, los pies descalzos, y un sombrero lamentable, se adelantó hacia la puerta de la cárcel.

—¿Dónde vas?—gritó el centinela.

—¿Y tú, por qué gritas tanto?—respondió el hombre sin asustarse y volviendo hacia atrás.—Si no me dejas esperaré; pero es inútil que grites como si fueras un general.

Una carcajada de aprobación se escapó de entre la multitud.

La mayoría de los visitantes llevaban trajes raídos y haraposos; pero había algunas personas de aspecto muy elegante.

Al lado de Neklindoff, había un caballero bien vestido, de muy buen aspecto, que llevaba un lio de ropa blanca. El príncipe le preguntó si era la primera vez que iba á la prisión; contestó el otro que venía, regularmente, cada domingo y que iba á ver á su hermano, condenado por falsificación.

Estaba á punto de preguntar á Neklindoff el objeto de su visita, cuando su atención se fijó en dos nuevos recién llegados, un estudiante y una señorita con el rostro cubierto por un velo que venían en un carruaje tirado por un caballo de pura raza.

El estudiante tenía un gran lio, y acercándose á Neklindoff, le preguntó qué debía hacer para entregar aquel pan que llevaba de limosna.

—A mi novia se le ha ocurrido esta idea. Aquella joven es mi novia. Su familia nos ha autorizado para traer esto á los presos.

Neklindoff contestóle que era la primera vez que iba y que ignoraba lo que le preguntaba. Le aconsejó que se dirigiera al carcelero.

En aquel mismo momento se abrieron de par en par las altas y férreas puertas de la prisión, y apareció un oficial, seguido de un carcelero. Tomó la libreta en que estaban apuntados los nombres de los visitantes y anunció que estaba libre la entrada.

El centinela se hizo á un lado, y la multitud, como si temiera perder tiempo, corrió hacia la puerta empujándose y atropellándose.

Un carcelero, contaba en alta voz, las personas que pasaban, y otro las numeraba á su vez, tocando con la mano á cada uno.



Esto se hacía para que á la salida, no pudiera quedar encerrado nadie en la cárcel ni pudiera huir ninguno de los detenidos.

Apenas pasada la puerta, había una gran sala con un nicho en el que se veía un crucifijo.

—¿Para qué esto?

Se preguntó á sí mismo Neklindoff; é involuntariamente, pensó que la imagen de Cristo, más bien debía ser signo de liberación que de cárcel. Neklindoff andaba despacio dejando pasar á los demás visitantes, y en su ánimo, se agitaba un tropel de sentimientos; sentía terror de aquellos delincuentes, y una compasión indecible hacia los que estaban encerrados en aquel triste sitio sin culpa alguna, como el muchacho del día anterior y como la Máslova; sentía también una mezcla de emoción y de temor al pensar en que iba á encontrarse con Katiuscha.

En tanto que Neklindoff atravesaba la puerta de la gran sala, el director pronunció algunas palabras; pero el príncipe, absorto en sus ideas no las oyó, y siguió el tropel de la gente que se dirigía al departamento de los hombres. Al entrar en el locutorio, sintió un rumor ensordecedor de centenares de voces que chillaban, y, únicamente cuando se hubo acercado y advirtió tantas personas amontonadas junto á una reja como moscas en el azúcar, comprendió de qué se trataba.

La estancia estaba dividida por dos rejas que llegaban desde el techo al suelo; detrás de una estaban los presos, ante la otra, los visitantes, de modo que unos estaban separados de los otros, por un espacio de tres metros, por el cual, se paseaban los carceleros. Así resultaba imposible, no solamente hacer pasar ningún objeto, sino hasta verse las caras los que no tenían muy buena vista. Aquí y allá aparecían rostros pegados contra la reja; maridos, mujeres, hijos, padres y conocidos que hacían esfuerzos sobrehumanos para entenderse.

Pero á causa de la distancia, era difícil hablar, y como

cada cual quería hacerse oír y la voz del vecino sofocaba la suya propia, todos gritaban á voz en cuello tratando de sobreponer la suya á la del vecino.

Al lado de Neklindoff había una vieja con un gran pañolón en la cabeza, con el rostro pegado á la reja y la barba temblorosa, que gritaba algo á un joven pálido, con la cabeza rapada, que, frunciendo el entrecejo, la escuchaba atentamente.

Cerca de la vieja, un joven aguzaba el oído para recoger las palabras de un preso que tenía el rostro demacrado, por los muchos sufrimientos, y que gesticulaba y movía la cabeza.

Había también un hombre que de cuando en cuando daba un grito tremendo y reía. Al lado de éste, una mujer con un niño en brazos, sollozaba sentada en el suelo; quizá era la primera vez que veía con uniforme de preso y con la cadena al pie, á un hombre de pelo gris que estaba en frente de ella.

Detrás de la mujer, el portero, con el cual, había hablado Neklindoff, hablaba en voz alta con un preso calvo y de ojos relucientes que estaba al otro lado de la reja.

Cuando Neklindoff comprendió que debía hablar en aquellas condiciones, sintió un sentimiento de rebelión contra la gente que había creado institución tan feroz, y se maravillaba que los demás no se rebelaran. Permaneció cinco minutos en aquel cuarto, dominado por una tristeza indefinible.

Sentía que no era igual que los otros aún, y que todavía era incapaz de luchar contra la fuerza de las cosas.

—He venido con un objeto,—se dijo para reanimarse,—y es forzoso que lo logre.

Y buscando con los ojos alguien que representara á la autoridad en aquel sitio, vió á un hombre con bigote y traje de oficial, que paseaba por detrás de todos los visitantes.



—¿Podrías decirme, señor, dónde están las mujeres, y cómo se hace para hablar con ellas?

—¿Buscáis el departamento de mujeres?

—Sí, señor.

—Debisteis decirlo en el vestíbulo. ¿Por quién preguntáis?

—Por Catalina Máslova.

—¿Una detenida política?

—No; es solo...

—¿Ha sido ya juzgada?

—Sí; fué condenada hace dos días,—repuso Neklindoff con tono humilde, temiendo que su interlocutor perdiera el interés que parecía sentir por él.

Y realmente pareció que su dulzura había conmovido al hombre terrible.

—Si queréis ir al departamento de mujeres, pasad por aquí, replicó el oficial, juzgando por el traje que Neklindoff era digno de ser atendido.

Y volviéndose, luego, hacia otro empleado, todo lleno de medallas, le dijo:

—Sidoroff, acompaña al señor al departamento de las mujeres.

En aquel instante se oyeron sollozos desgarradores junto á la reja.

Todo le parecía extraño á Neklindoff y más que todo, que debiese dar las gracias á todos los empleados de la cárcel, congraciarse con todos los ministros de aquella crueldad.

El empleado condujo á Neklindoff al locutorio de las mujeres.

## XLII

Este, como el de los hombres, estaba dividido en tres partes por dos rejas; pero era mucho más pequeño y había menos número de visitantes y de presas: sin embargo, había un alboroto casi tan grande como en el primero. En el espacio que quedaba entre las dos rejas, paseaban los llaveros y la llavera mayor, que se distinguía por su uniforme con galones en las mangas. Como en el locutorio de los hombres todos tenían el rostro pegado á la reja, y en tanto que unos, poniéndose de puntillas, sobresalían de la cabeza de los demás para hacerse oír mejor, otros sentados en el pavimento, conversaban entre sí.

La que más llamaba la atención entre las presas era una gitana delgaducha, con el pelo alborotado y el pañolito puesto de cualquier modo sobre los negros rizos: estaba casi en el centro de la reja y con voz estridente y ayudándose con gestos vivacísimos trataba de hacer entender algo á un gitano con una blusa morada y una faja á la cintura. Al lado del cingaro había un soldado sentado en el suelo hablando con una prisionera; luego un aldeano joven, con la barba rubia y el rostro colorado por el esfuerzo de contener las lágrimas, hablaba con una presa rubia, graciosa,



que le contemplaba con dulzura con sus ojos azules. Eran la Fedossia y su marido. Varios hombres y varias mujeres más, del uno y del otro lado hablaban también en voz alta ó se contemplaban en silencio. Entre aquellas mujeres que estaban detrás de la reja, no aparecía la Máslova. Pero como enfrente de Neklindoff había una joven, y como comprendió de repente que debía ser ella, sintió palpar el corazón con violencia, y parecióle que le faltaba el aliento. El instante decisivo había llegado.

Se acercó á la reja y reconoció en seguida á la Katuscha que, de pie detrás de Fedossia escuchaba las palabras de su compañera y sonreía. No llevaba el uniforme gris de presa, sino un corpiño blanco y ceñido que dibujaba la curva del pecho: bajo el pañolito salían dos ricillos de su pelo negro y fino.

—Hé aquí el momento en que se resuelve todo,—dijo Neklindoff. Y se preguntaba como debía llamarla.

—Quizá se acercará ella misma,—pensó después.

Pero la Máslova no se acercaba, porque creía que iría Berta, y no imaginaba que aquel caballero estuviera allí esperándola.

—¿A quién deseáis ver?—preguntó al príncipe uno de los carceleros.

—A Catalina Máslova,—respondió con esfuerzo.

—Máslova, un señor pregunta por tí,—gritó el carcelero.

La Máslova se volvió, levantó la cabeza, sacó el pecho con aquella expresión de serenidad que tan bien conocía, y con una muda interrogación en los ojos, miró á Neklindoff. No lo reconoció; pero comprendiendo por el traje, que era un hombre rico, sonrió alegremente.

—¿Qué queréis?—preguntó sin dejar de sonreír y mirándole con sus ojos vizcos.

—Quería decir...—Neklindoff titubeaba; no sabía si decirle de tú ó de vos: se decidió por lo último y prosiguió sin levantar la voz,—quería veros... yo...

—¿Qué demonios me cuentas?—gritó á su lado un hombre.—¿Lo has tomado ó no lo has tomado?

—Está á punto de morir; está muy débil,—voceaba otro.

La Máslova no podía comprender las palabras de Neklindoff; pero en tanto que hablaba pareció que un rayo de luz atravesara su mente, trayendo á ella los recuerdos que siempre rechazaba. La sonrisa desapareció de sus labios y en su frente se marcó una arruga dolorosa.

—No oigo lo que me decís,—gritó, en tanto que fruncía más el entrecejo.

—He venido...

«Cumpló mi deber; la sinceridad de mi arrepentimiento me lo impone...»—pensaba entre tanto Neklindoff; y sus ojos se llenaron de lágrimas, formóse un nudo en su garganta, y aferrándose con las manos á las rejas, hizo un esfuerzo para contener el llanto.

—A no ser por la enfermedad, no se marcha,—gritaba entre tanto una mujer.

—Te juro que no sé nada,—exclamaba otro.

La Máslova, advirtió la emoción del príncipe y pareció conmoverse á su vez; brillaron sus ojos, y un rubor desigual apareció en las pálidas mejillas. Pero el rostro conservaba su expresión severa, y los ojos un poco vizcos, miraban siempre con atención.

—Me parece que os reconozco; pero no me acuerdo bien,—gritó.

—He venido para pedir os perdón,—profirió de repente Neklindoff con voz alta y firme, como quien pronuncia una frase largamente estudiada. Sintió vergüenza y miró á su alrededor; pero comprendió que debía sufrir aquella vergüenza que lo purificaba más y más. Continuó en alta voz:

—¡He hecho mal, he sido un vil... perdóname!

Inmóvil, sin hablar, ella no apartaba la mirada de él.



Entonces éste se apartó de la reja con un esfuerzo supremo para ocultar las lágrimas.

Entre tanto el director, que había hecho acompañar á Neklindoff, y que evidentemente se interesaba por él, se le acercó y preguntóle porque no hablaba con la presa. Neklindoff se sonó para ocultar mejor su emoción, y contestó luego que era imposible hablar á través de la reja, porque no se entendía una palabra.

El director pensó algunos minutos.

—Bien, bien,—dijo,—haremos que salga un momento. María Karlovna,—dijo á una carcelera,—haced salir á la Máslova.

## XLIII

Al cabo de algunos minutos apareció por una puerta lateral la Máslova, se acercó á Neklindoff, y parándose junto á él, le miró fijamente. Como dos días antes, su pelo negro caía en abundantes rizos sobre la frente, y su rostro blanco y lindo tenía una expresión dulce de gracia y de calma; de cuando en cuando sus ojos negros relucían con extraña luz bajo los párpados hinchados.

—Aquí podréis hablar,—dijo el director, que se apartó en seguida.

Neklindoff se acercó á un banco que había junto á la pared, y la Máslova, mirando al vice-director, se encogió de hombros con un gesto de extrañeza, y se sentó en el banco, al lado de él, arreglándose las sayas.

—Sé que me será difícil obtener vuestro perdón...—empezó Neklindoff; pero se interrumpió, sintiendo que las lágrimas le impedían proseguir.—Lo sé; pero si no puedo borrar lo pasado; haré cuanto me será posible... Decid, pues.

—¿Dónde me habéis visto?—preguntó la Máslova al cabo, sin responder á la pregunta de su interlocutor.

—¡Dios mío, ayúdame!—rogaba mentalmente Neklindoff.—¡Dime lo qué debo hacer!

Y miraba aquel rostro tan cambiado.

—Hace dos días,—dijo,—en vuestro proceso, era yo uno de los jurados. ¿Me habéis reconocido?

—No he tenido tiempo de reconoceros,—contestó la Máslova.—No os he mirado siquiera...

—¿No nació un hijo?—preguntó Neklindoff, sintiendo que se ruborizaba.

—Sí; nació y murió en seguida, á Dios gracias,—contestó con voz sorda y con ira, procurando evitar su mirada.

—¿Por qué?

—Porque yo estaba muy enferma y á punto de morir también.

—¿Mis tías os arrojaron de casa?

—Sí; ¿quién queréis que tuviera una criada con un hijo? Al advertirlo me pusieron en la puerta... Vale más olvidar todo esto... No me acuerdo de nada; ¡el pasado queda sepultado para siempre!

—No, no queda sepultado; no puedo permitir que todo acabe así; debo rescatar mi culpa.

—No hay que rescatar nada; ¡lo pasado, pasado está!—exclamó la Máslova.

Y volviéndose de repente hacia él, le miró con una son-



risa que quería ser atractiva y que á Neklindoff le pareció espantosa.

La Máslova no había pensado jamás en ver de nuevo al príncipe, y menos en aquel sitio. Por eso al aparecer, sintió honda emoción, porque le trajo la memoria de un pasado, del que no quería acordarse. Recordó entonces vagamente un mundo nuevo de sentimientos puros, é ideales en que aparecía un joven que la había amado; después la crueldad incomprensible de ese hombre, la larga serie dolorosa de humillaciones y padecimientos que siguieron á aquella breve felicidad, y de la que duraban todavía las consecuencias. Sintió hondo dolor; pero no sintiéndose con fuerzas para dominar sus propios sentimientos, obró en aquella ocasión como siempre; sepultó los recuerdos importunos bajo un velo de niebla, adaptándolo á la corrupción actual. Mentalmente había comparado al hombre que tenía ante ella, al joven que amara en otro tiempo, y hallando la comparación hartamente triste, acabó por borrar la imagen que le era cara. Así es que aquel señor elegante, bien vestido, con la barba perfumada, no le parecía aquel Neklindoff que amara un día, sino uno de aquellos que aprovechan las mujeres de su calaña para procurar sacar el mayor partido posible.

La Máslova callaba, calculando mentalmente como podría sacar partido de él.

—Lo pasado es pasado,—dijo.—Ahora me envían á Siberia.

Y cuando profirió el nombre terrible, temblaron sus labios.

—Sé con seguridad que sois inocente,—observó Neklindoff.

—Sí, soy inocente. No soy ni ladrona ni asesina... Dicen que todo ha dependido del abogado... Ahora habrá que hacer un recurso y esto costará mucho dinero...

—Ya lo he pensado yo; ya he hablado con un abogado.

—Es necesario tomar uno bueno y no reparar en gastos.

—Haré cuanto pueda.

Quedaron un momento en silencio; luego ella sonrió con la misma sonrisa de antes.

—Ahora os ruego que me deis dinero... No, no tanto, con diez rublos basta.

—Sí, todo el que queráis,—respondió Neklindoff. Y ruborizándose de nuevo sacó una cartera del bolsillo.

Katiuscha miró al director, que se paseaba á lo largo de la estancia.

—Haced de modo que el director no lo vea... Esperad que vuelva la espalda, porque sino me lo quitaría.

Neklindoff, que iba á darle el billete de diez rublos, viendo que el director se volvía hacia él, escondió el dinero en la mano.

—Esto es una mujer muerta,—pensaba entre tanto; y contemplaba aquel rostro con los párpados hinchados, tan querido en otro tiempo, aquellos ojos que tan pronto seguían los pasos del director con expresión de rabia, como se volvían hacia la mano que guardaba el dinero con codiciosa avidez. De nuevo oyó aquella voz tentadora que hablara la noche anterior, que ahora trataba de disuadirle de su deber, y preguntaba qué ventajas sacaría de su buena acción.

«Nada podrás hacer de esa mujer, es un yugo que te impones, que te impedirá ser útil á tí mismo y á los otros. Dála dinero y olvídala para siempre.»

Comprendió que en aquel momento se realizaba en su alma algo importante y solemne, que la suerte de su vida íntima estaba como sobre los platillos de una balanza: bastaba un mínimo esfuerzo para que se inclinara á un lado ó á otro. Hizo aquel esfuerzo; invocó á Dios que la noche anterior se revelara á él, y Dios vino en su ayuda. Neklindoff decidió decirselo todo de repente.

—Katiuscha—empezó.—He venido para pedirte perdón



y no me has dicho todavía si me perdonabas, si me perdonarás!...

La Máslova no le escuchaba, miraba tan pronto la mano del príncipe como al director, y cuando éste volvió la espalda, cogió con ademán rápido el billete y se lo escondió en la cintura.

—¡Decís unas cosas tan extrañas!—replicó la Katiuscha con una sonrisa, que á Neklindoff se le antojó burlona.

Advertía en el ánimo de ella algo que le era hóstil, algo que la obligaba á ser lo que era y le impedía llegar hasta su corazón. Pero lejos de apartarlo aquélla le atraía con la fuerza irresistible de las cosas nuevas.

Comprendía que debía devolverla á sí misma y que la empresa sería árdua; pero la misma dificultad hacía que anhelara proseguirla.

Experimentaba hacia ella un sentimiento desconocido hasta entonces, en que no había ni una mínima parte de egoismo; no pedía nada para sí, le bastaba únicamente que se despertara moralmente y volviese á ser la niña de diez años antes.

—¿Katiuscha, por qué hablas así?... yo bien te reconozco; ¿te acuerdas cómo eras en Panovo?

Pero ella no quería ceder.

—¿A qué despertar lo pasado?—preguntó con voz seca frunciendo el entrecejo.

—Lo evoco porque debo repararlo, porque lo quiero, Katiuscha...

Había empezado así para manifestarle su deseo de casarse con ella; pero en aquel instante encontró su mirada y leyó una nota tan terrible, tan dura y tan brutal que no se atrevió á proseguir.

En aquel instante empezaban á salir los visitantes. El director se acercó á Neklindoff y le hizo observar que la hora de la visita había pasado.

La Máslova se levantó, esperando con sumisión á que la despidiera.

—Adiós, tengo muchas cosas que deciros; pero como véis no tenemos tiempo,—dijo Neklindoff y le tendió la mano.

—Me parece que ya me lo habéis dicho todo...

Le alargó la mano; pero sin estrechar la que le tendía el príncipe.

—No, no; trataré de veros aun en otro sitio para hablaros libremente, y entonces os diré una cosa muy grave.

—Como queráis; venid si así os agrada,—y sonrió como sonreía á los hombres á quienes quería gustar.

—Katiuscha, ¡os amo más que á una hermanal—fueron las últimas palabras de Neklindoff.

—¡Es extraño!—repetía entre tanto la joven, que, inclinando la cabeza desapareció detrás de la reja.

XLIV

Neklindoff esperaba que después de la primera entrevista, una vez que Katiuscha hubiese comprendido que trataba de regenerarla, hubiese sido de nuevo la niña que en otro tiempo conociera. Pero comprendió con terror que Katiuscha había desaparecido y que sólo quedaba la Máslova, y esto le causaba un asombro doloroso. Le asombraba que Katiuscha no solo no se quejara de la abyección

UNIVERSIDAD DE NUEVA IPARRA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1025 MONTERREY, MEXICO



en qué había caído sino que parecía casi complacerse en ella.

No podía ser de otro modo. Para que un hombre trabaje, es preciso que crea que su profesión es útil é importante.

Comunmente se cree que el ladrón y el asesino y la prostituta deben avergonzarse de su sistema de vida. No es así. Las personas que por azares de la suerte ó por errores propios llegan á una falsa posición, se connaturalizan de tal modo con ella que no hay quien les quite de la cabeza que su oficio es bueno, y para confirmarse en tal opinión se mantienen dentro de los círculos que están formados por sus iguales y dónde se aprueba altamente sus acciones.

La sociedad se asombra ante los ladrones y los asesinos que se alaban de sus atrocidades; pero es porque el número de ladrones y asesinos es relativamente pequeño y porque los que juzgan tienen distintos puntos de vista que los juzgados? No sucede acaso un hecho parecido entre los ricos que alaban sus propias riquezas, que son producto de un robo; entre los generales que alaban sus victorias, que en nada difieren de un asesinato; entre los poderosos que deben el poder á una superchería?... Si en esos no advertimos la perversión de sus ideas es sin duda porque el círculo de personas que profesan tales ideas es más vasto, porque nosotros mismos formamos parte de él.

La Máslova se había formado también un concepto parecido de su propia existencia y del puesto que ocupaba en la sociedad. Aun cuando prostituta y condenada, sentía que podía justificarse en virtud de sus propias teorías. Según la Máslova, la mayoría de los hombres jóvenes y viejos, instruidos é ignorantes, poderosos y humildes, únicamente vive para satisfacer los deseos de placer sensual que procura una mujer atractiva, y á tal fin tienden todos sus esfuerzos aun cuando finjan pensar ú ocuparse en otra cosa. Ella, mujer guapa, podía entregarse ó rehusarse y

por lo tanto era una persona necesaria, y á la que se debía rogar. Toda su pasada vida y su existencia actual la confirmaban en tal idea. Durante diez años había visto que todos los hombres, empezando por el mismo Neklindoff y acabando por el carcelero, la habían buscado. Pero no se había fijado en los que pasaron por su lado sin tener necesidad de ella. Así, pues, todos los hombres se le antojaba que esperaban el momento de posesionarse de ella, valiéndose de todos los medios; de la seducción, de la violencia, del dinero, de la astucia.

Así interpretaba la Máslova la existencia, y tal interpretación le agradaba más que otra alguna, porque un cambio de ideas le hubiese hecho perder, á sus propios ojos, aquel valor que le conferían sus teorías de la vida. Para no perder aquel valor, se mantenía dentro del círculo de personas que pensaban como ella, y ahora, comprendiendo que Neklindoff quería llevarla á un mundo distinto, se rebelaba, temiendo perder aquella estima que por sí misma sentía.

Por igual razón olvidaba hasta el recuerdo de su primera juventud y de sus amores con Neklindoff. Estaban demasiado en contraposición con sus actuales teorías. Las había encerrado cuidadosamente en una celda de su memoria como las abejas tapan herméticamente los nidos de los gusanos á fin de que no las estorben en su trabajo. A sus ojos Neklindoff no era el joven á quien amara, sino un rico señor de quien era preciso aprovecharse, y con el cual era lícito tener tratos como con los demás hombres.

—No le he dicho lo principal; no le he dicho que quería casarme con ella; pero lo haré de todos modos,—pensó Neklindoff.

Bajo la puerta los carceleros contaban cada persona que salía y le daban un golpe en la espalda; pero aun cuando tocaron á Neklindoffi no se ofendió éste; no lo advirtió siquiera.